

I



— La Flagelación — (Detalle)

No es extraño que ante ciertas obras de la pintura moderna, voces autorizadas opinen que la realidad se desacreditó ya como tema pictórico. No obstante, y particularmente, no comparto esta opinión, e incluso desafío el propósito manifestado por Dalí de «sistematizar la confusión existente y contribuir al descrédito total del mundo de la realidad». No hay pensamientos ni propósitos que valgan, ni aun los más soberbios, para desvirtuar la real realidad de cada tiempo. Y el Arte es espejo o ventana; imagen de un pozo o de un horizonte azul o malva, próximo o lejano, balcón donde asomarnos al paisaje del alma o a laberintos de encrucijada. Mas... el pozo, el alma, el laberinto, quedan, en sí mismos, al margen de la voluntad del artista. Son como son, aunque puedan ser mirados, acariciados, de muy diversa forma.

En mi parecer, fué realista el primer pintor, y seguirá siendo realista el último.

Jamás se pintó otra cosa que la realidad. Y para comprobar mi aserto, seguiremos, intentaré seguir la trayectoria de la pintura, desde los tiempos del Principado hasta nuestros días.

A guisa de prólogo, es preciso hacer notar que la palabra realidad es paradójicamente muy vaga. Real es todo lo que tiene existencia verdadera y efectiva. Es real el papel que estoy tocando, y es real mi pensamiento intangible; tan real como un sueño o un ensueño o la mesa o el blanco de mis cuartillas. Real es la síntesis entre el YO corpóreo y mental y lo circundante, yerto o viviente. Realidad es la concepción de ella misma. Hay realidades que son típicas y comunes a una época, y hay ciertas realidades de uso particular, en infinita pluralidad de acepciones.

Arte, en última instancia, es vida; y vida, realidad. Concepto absoluto y subjetivo.

Y el pintor, por artista, por hombre, pinta y ha pintado en cada época su realidad. La pintó, con rara perfección en los tiempos del «helenismo». En los frescos encontrados en las ciudades de Pompeya y Herculano, puramente helénicos, aunque separados cronológicamente de la época helenística, vemos, en escenas mitológicas o de virtudes cívicas, la realidad de aquellos días. «Socorro al caminante» y el fresco llamado «La flagelación» son dos magníficas obras, claras pruebas de la técnica alcanzada y del tema de preferencia. No hay duda que los pintores pintaban del natural, sirviéndose de modelos. El gesto del caminante, el perro que le acompaña, no son obra de una inventiva más o menos fértil. La blanca mano, el torso desmayado de la mujer en «La flagelación», comprueban el mismo aserto.

Después, como un olvido, un abandono o un has-



— Pantocrátor — (Iost)

to, muere la pintura en el mundo romano. Desconozco si hubo oposición, si alguna voz se levantó, en protestas, para salvarla o si se tuvo en bien dejarla morir. Aparecen los mosaicos.

Pasan muchos años.

En la crisis de la sociedad occidental de los siglos V y VI, la Iglesia con León I y San Benito, se convierte en símbolo del renacer de una nueva cultura. Sale a la luz el Arte Cristiano. Arte de humilde anonimato, de minorías. Pintura en los manuscritos, miniaturas. Y bajo su influencia y su patrón, reaparecen los frescos y las primeras pinturas sobre tabla. Imágenes del Señor, de la Virgen, figuras orantes. Y con parentesco bizantino, vemos en los ábsides de las iglesias, el majestuoso Pantocrátor.

Quizá Cataluña posea, en cantidad y calidad, una de las mejores colecciones de arte pictórico románico. Descuellan las pinturas de las dos iglesias de Tahull. (Lérida).

Se pinta, durante todo este período, con la imaginación. La temática sigue siendo realista y esencialmente bella como lo fué en la antigüedad. ¿Cómo no iba a ser bella, si representaba en exclusión la única belleza, la Suma Belleza de Dios?

La pintura románica es esencialmente religiosa, como religioso fué el hombre del medioevo. Su Dios rígido, severo, es el Dios de la Justicia que podía

castigar con el infierno. Y la vida sobre la tierra, tránsito, camino del más allá. No hay ateos; en todo caso, se desafía al infierno.

Aparece el gótico en el siglo XIII. Pintura ascética y mística. También, pues, esencialmente religiosa. Afinada en fervores de oración, en paralelismo con las columnillas y arcos calados de la arquitectura. Pintura suave. Vírgenes de Misericordia. Dios de perdonos. Y Jesús-Niño, ya como una flor, en el regazo de María.

Sigue el hombre pintando la realidad, su realidad. También, su belleza, que gana en valoración intrínseca por los adelantos de la técnica del dibujo y del color. Es precisamente en el transcurso del siglo XIII, cuando el pintor vuelve a copiar del natural. El Giotto redescubre una olvidada costumbre, iniciando así una nueva etapa ascendente para la pintura. Y el Giotto intenta pintar más. ¡Pintar un sueño! El sueño del Papa Inocencio III. Francisco de Asís, como salvación de la Iglesia. Un sueño, pura conciencia. Profecía y acierto. Realidad.

Todo el arte pictórico medieval, el románico y las dos fases del gótico, va adscrito a una realidad trascendente que define a su época, que la confirma.

Y en ninguna época ha dejado de ser el Arte, valioso e importantísimo documento histórico, para reconstruir, pensar y vivir de cada pueblo.

La pintura, aunque pretenda huir de una temática realista, cae en un realismo más contundente, flor y fruto de su tiempo. Siempre.



— La Virgen de Palau — (Cerdaña francesa)